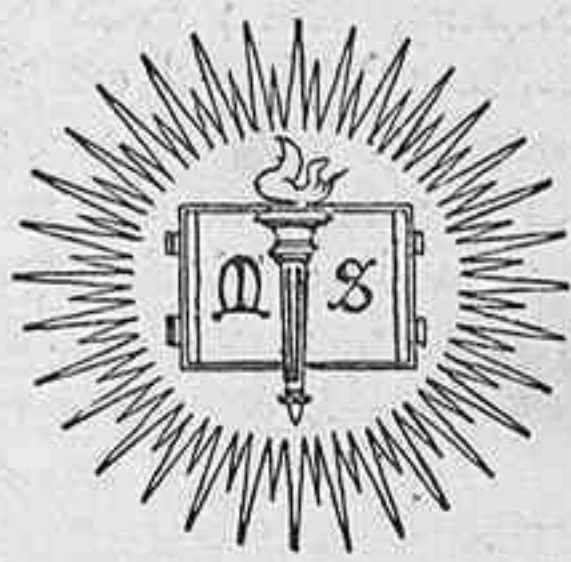


La Ilustración Artística



AÑO XXVII

← BARCELONA 15 DE JUNIO DE 1908 →

Núm. 1.381



De la obra «Die Theater Wiens,» publicación de la «Gesellschaft für vervielfältigende Kunst,» de Viena.

RETRATO DE LA INSIGNE TRÁGICA CARLOTTA WOLTER,
obra de Franz Matsch

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros subscriptores el segundo tomo de la serie de este año, que lo constituye la importantísima obra de actualidad, de Eugenio Aubin, que tiene por título

MARRUECOS EN NUESTROS DÍAS,

profunda y minuciosa descripción del Estado y del pueblo marroquíes, y en la que su eminente autor se nos presenta como turista que da al elemento pintoresco toda la importancia que en realidad tiene y como ingenioso cronista que sabe poner al lado del hecho histórico la anécdota curiosa, y sazonar su relato con esos rasgos brillantes que son uno de los mayores atractivos de la literatura francesa. MARRUECOS está espléndidamente ilustrada con copias de fotografías, tomadas algunas de ellas por el mismo autor del libro.

SUMARIO

Texto.—*Revista Hispano americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Por las tierras poéticas*, por Miguel S. Oliver. — *SS. AA. RR. en Barcelona, Igualada y el Bruch.* — *Exposición de Arte retrospectivo.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El heredero*, novela ilustrada (continuación). — *París. Zola en el Pantón.* — *Agresión á M. Dreyfus.* — *París. Fiesta de las flores.*
Grabados.— *Retrato de Carlota Wolter*, obra de Franz Matsch. — *Mallorca. Vista del puerto y ciudad de Palma.* — *Escalera de la casa Morell.* — *Molinar.* — *Patios de la casa Olesa y de la casa Sureda.* — *SS. AA. RR. en Barcelona, Igualada y el Bruch* (seis reproducciones fotográficas). — *Valencia. Centenario de D. Jaime I el Conquistador* (cuatro reproducciones de la Exposición de Arte retrospectivo). — *Primavera*, cuadro de Abel Boyé. — *Joven madre*, relieve en bronce, obra de Elena Langley. — *Medallón*, obra de Esteban Sinding. — *Busto de Enrique Becque*, obra de Rodin. — *París. Zola en el Pantón.* — *Agresión á Dreyfus* (tres reproducciones fotográficas). — *Fiesta de las flores en París. Madamé Chiquita en su pequeño landó eléctrico.* — *Monumento á Juan Brahms*, obra de Rodolfo Weyr.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Perú: tentativa revolucionaria: progreso económico: necesidad de vías de comunicación: la cuestión de los braceros: la falta de inmigrantes europeos: los indios como braceros: el capital y el trabajo. — **Ecuador y Venezuela:** la peste negra: la situación política en el Ecuador: las relaciones entre Venezuela y los Estados Unidos. — **Colombia y Panamá:** la cuestión de frontera. — **Costa Rica:** el mensaje presidencial. — **Guatemala:** el atentado contra la vida del presidente.

Desde principio de año obsérvase cierta agitación política en el Perú. Van á verificarse en este mismo año las elecciones presidenciales: el partido dominante presentó su candidato; las oposiciones protestaban contra el apoyo indirecto que podían darle los elementos oficiales, y liberales y demócratas procuraban organizarse y llegar á un acuerdo para contrarrestar la acción ó la influencia de aquéllos.

Sin duda, enardecidos los ánimos de los adversarios del actual gobierno y del probable futuro presidente, algunos más impacientes ó de espíritu revoltoso lanzáronse á la lucha armada, acaudillados por los hermanos Durán, y con sorpresa se supo en Europa que el orden público se había alterado en esa cultísima República peruana que, para fortuna y honra de sus ciudadanos, llevaba ya largo tiempo sin sufrir las tristes consecuencias de la revolución.

Por suerte, el movimiento revolucionario quedó pronto dominado. Apenas se inició, el presidente de la República Sr. Pardo tomó rápidas y enérgicas medidas; pasó en los cuarteles la noche del 1.º de mayo, velando por la disciplina y preparando tropas contra los rebeldes, é hizo arrestar á los que se suponía complicados en la conspiración. Los Durán y su gente fueron derrotados y dispersos, y el 5 de mayo las Legaciones del Perú pudieron anunciar en los respectivos países que la tentativa revolucionaria había fracasado.

La revolución como medio de alcanzar el poder es una de las causas principales del atraso que se nota en algunas Repúblicas de América. Cerrar ese camino á los partidos políticos debe ser la aspiración predilecta de los gobernantes americanos; para ello hay que armonizar los procedimientos de buen gobierno y de amplia tolerancia con la energía y la severidad para reprimir el menor intento de apelación á la fuerza. Sólo así pueden prosperar y engrandecerse esos países dotados de tan extraordinarias y variadas riquezas naturales.

Los años de paz que viene disfrutando el Perú le han valido el desarrollo económico que en varias ocasiones hemos señalado y al que ahora se refiere

en su última Memoria comercial el cónsul de España en Lima Callao Sr. Fábregas.

Casi por completo han desaparecido las tristes circunstancias que provocaron la despoblación y la ruina del país; la Hacienda se consolida, difúndese la instrucción en el pueblo, se activa la construcción de vías férreas, producción y comercio aumentan de año en año, la industria fabril empieza á tomar importancia, y la minería, base principal del engrandecimiento del Perú, adelanta de modo asombroso, gracias á la afluencia de capitales extranjeros y á las poderosas empresas que con ellos se constituyen para explotar los yacimientos auríferos, los minerales de plata y los enormes depósitos de cobre que atesora el suelo peruano.

El progreso, sin embargo, no es tan rápido y constante como pudiera serlo, porque faltan dos factores de gran valor para impulsarlo; los brazos para el trabajo y las comunicaciones para llevar los productos del suelo y de la industria hasta los puertos.

Al desarrollo de las vías de comunicación vienen dedicando perseverante empeño los gobiernos, y desde 1904 se han dictado, uno tras otro, leyes y decretos para la construcción de nuevos ferrocarriles y para arbitrar los necesarios recursos por medio de empréstitos y de convenios con poderosas Compañías.

El problema de los braceros tiene más difícil solución. El peruano Sr. Rodríguez Dulanto, en un discurso que pronunció no ha mucho en la Sociedad Nacional de Agricultura de Lima, hace constar que la inmigración asiática no conviene y que la inmigración blanca no va al Perú.

Aparte el valor que puedan tener las consideraciones en que se funda la no conveniencia de la inmigración asiática, ha lugar á preguntar por qué motivo no va al Perú la inmigración europea. Acaso podrá servir de respuesta uno de los párrafos de la Memoria del Sr. Fábregas: «América es buena para los americanos, pero no para los españoles, porque en ella sólo encuentran—las más veces—privaciones, miserias y calamidades.» Y es lógico deducir la afirmación de que si el europeo encontrase regulares condiciones de trabajo y de vida, que le pusieran á cubierto—las más veces—de calamidades, miserias y privaciones, iría á trabajar y á vivir en esas tierras de América.

El Sr. Rodríguez Dulanto, que no quiere asiáticos y no tiene europeos, pretende resolver la dificultad fomentando la corriente emigratoria de los indios, desde la Sierra, donde habitan, hacia la Costa. Es solución ya propuesta por otros. Pero ¿esos indios no se hallarán en el mismo caso que los europeos, es decir, en el de no querer ir á trabajar en las haciendas? Ahora, reconcentrados en las alturas de la Sierra, viven en sus comunidades, si no felices, por lo menos tranquilos, utilizando las labores que hacen en su propio beneficio, hasta donde se lo permiten las autoridades; saben que si van á trabajar en las haciendas, trabajarán para el individuo ó la empresa que los contrata, y saben que los contratistas los explotan por varios procedimientos; tomándoles parte del jornal, obligándoles á que les compren los artículos de consumo y despertando en ellos la afición á las rifas ó al juego.

Resulta, pues, que si el bracero europeo y el jornalero indio no van y no quieren ir á trabajar en la hacienda, en la fábrica, en las minas, en las obras públicas, es porque no le convienen las condiciones en que se le brinda el trabajo.

En la asociación de capital y trabajo para los fines económicos las cosas se van presentando de tal modo en todas partes, que no habrá otro remedio que dar menos al capital y más al trabajo.

La peste negra, la terrible peste bubónica, plaga que fué del antiguo mundo, señorea el litoral americano. Puertos del Pacífico en Perú y en Chile habían sufrido en los inmediatos pasados años el azote de la epidemia. Ahora han sido invadidos los más importantes del Ecuador y de Venezuela, Guayaquil y La Guaira. En una y otra República se ha combatido el mal con la mayor decisión y energía. La población de La Guaira quedó aislada y se entregó al fuego todo cuanto podía estar contaminado. Un cordón sanitario cerró toda comunicación con el interior; la vida se hizo casi imposible por falta de recursos, y no se pudo evitar que grupos de hambrientos rompieran el cerco para buscar subsistencias en los lugares próximos, llevando á ellos la amenaza del contagio y provocando colisiones y desórdenes.

En el Ecuador, conservadores, clericales y liberales disidentes no cejan en su empeño de crear dificultades al gobierno del general Alfaro; en abril último hubo temores de revolución, y se procedió al arresto y confinamiento en Riobamba de los supues-

tos ó verdaderos conspiradores, la mayor parte estudiantos.

Las relaciones entre Venezuela y los Estados Unidos continúan tirantes. Un nuevo incidente vino á contrariar más á los yanquis. La administración de correos de La Guaira, por error que luego explicó satisfactoriamente, hizo abrir las valijas de correspondencia dirigida á un buque norteamericano; reclamó el ministro yanqui en Caracas, y le replicó el ministro venezolano de Relaciones exteriores en los términos enérgicos que acostumbra hacerlo el gobierno de Castro; calificaba de «suspicias» ó «ligerezas» á las observaciones que sobre el caso había comunicado el ministro yanqui.

El Constitucional, de Caracas, refiriéndose á las cuestiones pendientes, habla bien claro. «Los Estados Unidos—dice—deben respetar y apoyar tanto las decisiones de los tribunales mixtos internacionales, como los de Venezuela, ó alzar de una vez la bandera conquistadora en América. Entonces será cuando los habitantes del Nuevo Mundo determinarán la posición que deben tomar en el presente y en lo futuro.»

La prensa yanqui afecta á la política imperialista de Roosevelt califica de «ladrillos» lo que decían y escribían el ministro venezolano y *El Constitucional*. Mas justo es consignar que el elemento mercantil de los Estados Unidos y la prensa independiente se inclinan á dar la razón á Castro; reconocen el derecho con que éste mantiene la competencia de los tribunales de justicia en las cuestiones con las Compañías extranjeras, y hacen valer también motivos de propio interés, recordando que los importadores yanquis han comprado y pagado ya gran parte de la cosecha de café y otros productos de Venezuela. Si hay un rompimiento, el café, el asfalto, etc., tomarán el rumbo de Europa, aquéllos perderán lo que hayan desembolsado, y lo que es más grave, sufrirá menoscabo el comercio exterior de los Estados Unidos, pues no será fácil restablecer las relaciones comerciales con Venezuela si, como es probable, los productos venezolanos logran abrirse buenos mercados en Europa.

Entre tanto, y á pesar de la anormalidad que ocasiona la peste, Venezuela sigue pagando las mensualidades convenidas para liquidar las deudas extranjeras.

La cuestión de fronteras entre Colombia y Panamá parece que lleva vías de arreglo. Mr. Taft ha ido á Panamá, ya para evitar guerra con Colombia, ya también para procurar que las elecciones presidenciales no sean causa de discordias y suceda allí lo que ha ocurrido en Cuba.

El conflicto de límites queda sometido al arbitraje; fallará como árbitro Mr. Magoon, el gobernador yanqui de la Gran Antilla.

Si hemos de dar crédito á los hechos consignados en el Mensaje que el presidente de la República de Costa Rica dirigió al Congreso Nacional al inaugurar éste sus sesiones el día 1.º de mayo, la situación es satisfactoria. Hay paz y excelentes relaciones con los demás países, progresa la agricultura, han mejorado los servicios de higiene y de instrucción pública, los ingresos recaudados superan á los presupuestos y el crédito de que la nación goza permite contratar empréstitos para atender con ellos á toda clase de gastos reproductivos.

Por ahora, ha desaparecido todo peligro de complicaciones con las demás Repúblicas de Centroamérica; los convenios que se firmaron en Washington están ya ratificados por todas ellas, y en la primera quincena de este mes de junio debe instalarse en San José el Tribunal Centroamericano.

Estrada Cabrera, el presidente de Guatemala, sostiene en el poder, á pesar de las dificultades que procuran crearle sus adversarios. La audacia de éstos quedó bien patente con el atentado de 20 de abril último. Los cadetes de la Escuela Politécnica que, abiertos en dos filas, daban la guardia de honor en acto solemne, hicieron fuego contra el presidente cuando pasaba entre ellos. Una circunstancia fortuita, que le obligó á bajar la cabeza y levantar el brazo para separar con la mano una bandera que se interpuso en su camino, salvó la vida de Estrada Cabrera; el proyectil que iba dirigido á su frente hirió en un dedo. Menos suerte tuvo un joven sobrino que le acompañaba, que cayó mortalmente herido.

El delito no quedó impune. Nueve cadetes, entre ellos cuatro ya graduados, fueron condenados á la última pena. Sólo se fusiló á siete, porque los otros dos eran menores de veintiún años.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

— POR LAS TIERRAS POÉTICAS.—MALLORCA —



Vista del puerto y ciudad de Palma

I

LA SENSACIÓN DE PALMA

Desde hace diez años es notorio el incremento que toma en Mallorca la afluencia de visitantes. El porvenir de la isla en este aspecto no puede ser más claro. Está destinada á convertirse en país de intensa atracción, no tanto por influjo de la moda como por intrínsecas y positivas condiciones de belleza, de interés arqueológico, de prestigio artístico.

Sería difícil reunir y combinar en igual superficie una mayor suma de atractivos, así naturales como debidos á la mano del hombre ó producidos por la historia. Desde el monumento megalítico á la muralla romana; desde el vestigio árabe á la iglesia gótica; desde el castillo roquero á los palacios semi-venecianos de un renacimiento muy de cerca tocado de italianismo como más próximo á su patria de origen; en sus poblaciones, en sus antigüedades y en sus edificios y recuerdos flota la sugestión perenne y viva de cuantas civilizaciones han abordado á las costas hispánicas.

Otro tanto ocurre en el aspecto del paisaje. La variedad de tonos y matices es completa, abarcando toda la gama ó gradación de que es susceptible la naturaleza en nuestra latitud, hasta formar un centro mediterráneo en que parecen enlazarse el tipo africano, el tipo oriental y el tipo alpino.

Predominan aquí los pinos y los encinares subiendo hasta la cumbre de altas montañas dis-

puestas en cordillera que no parece corresponder á la corta extensión de la isla. Destacan al otro lado mirtos, cipreses, laureles y adelfas, sobre grandes extensiones de viñedo, alternadas con olivares é higueras añosas. Descuellan más allá las palmeras junto á grandes setos de nopales ó en los huertos

por cuyas tapias asoman la flores del granado, de un rojo violento, como espoletas encendidas. Desde la costa abrupta á la llanura virgiliana, desde el despeñado al vergel morisco, desde las grandes laderas en declive hacia el mar hasta los pueblecillos episódicos, de ópera romántica, con pequeñas cascadas y puentecillos de maderá y molinos de agua y atajos entre peñas, todo tiene allí su ejemplar y su muestra. Lo sublime, lo bello, lo lindo y lo minúsculo se suceden en continuo enlace y, salvando distancias de pocos kilómetros, se pasa desde una barranca dantesca y horripilante á una visión llena de armonía homérica, ó se interna uno en los alcázares y palacios de la maravilla subterránea, en la región de la tiniebla eterna, del silencio absoluto y de los lagos dormidos bajo el trabajo incesante de las hadas y los gnomos, infatigables en la labor de sus estalactitas.

¿Dónde pudiera hallarse un concierto de notas tan distantes, que ya sorprendió á Aurelia Dupin hasta el punto de haberlo formulado, en pleno romanticismo, como la impresión de «la verde Helvecia, bajo el cielo de la Calabria con la solemnidad y el silencio de Oriente?» Tal es el verdadero carácter de la modesta isla «adyacente,» convertida por el Código Penal español en pena correccional de confinamiento y cuya suerte histórica oscila entre esos dos opuestos é irreconciliables destinos: la poesía y la estrategia. ¿Quién vencerá á quién?

Por ahora la ciudad de Palma, después de una lucha casi secular, ha conseguido el derribo de sus murallas. Ese derribo ha venido á contrapelo con



Escalera de la casa Morell

las verdaderas necesidades de la expansión urbana. En el período en que ellas se dejaron sentir con mayor intensidad, todo estaba sujeto a la servidumbre gravosísima de las zonas polémicas. Las construcciones tuvieron que ser endeables y de mampostería, como en el arrabal de Santa Catalina, ó en sitios distantes y separados de la población murada, como el Terreno, Portopí, Son Serra, Molinar, Hostalet, etcétera. Cuando ha venido el derribo y la liberación consiguiente, el esfuerzo que de ellos debía aprovecharse estaba en su mayor porción consumado. Una verdadera millonada se había invertido ya en aquellas imperfectas construcciones, imposibilitando las nuevas y definitivas. La obstinación con que fué defendida, durante cincuenta años, más que la permanencia física, la consideración legal de esas fortificaciones (á las cuales sobraban tres siglos para tener valor estratégico y faltaban otros tres para tenerlo arqueológico), pasará á la historia como un eterno

Admirará los viejos caserones con sus patios de comedia de capa y espada; con sus fuentes de herraje retorcido en hojarasca; con sus balcones salientes y ventrudos que hablan de la noche de amor de la eterna Julieta; con las puertas esculpturadas de sus estudios, nidos de juristas, eruditos y teólogos del siglo xvii. En lo que queda de las viejas murallas, en sus fosos, en el glasis de los baluartes, en sus rebellines, en los alcaparros que á modo de cimera sombrean escudos imperiales de los Austrias ó flores de lis de los Borbones, percibirá, como un susurro, la canción de los cesarismos muertos. Observará el área ocupada por las iglesias y los antiguos conventos en relación con el área total de la ciudad. De la mole de la Catedral, —la «montaña Catedral» según expresión de Miguel Costa;— de la imponente masa de la Almudaina; del airoso perfil del castillo de Bellver; de la visión serena de la Lonja, arca de

de viejos retratos, guarnecidos de amplios sillones, de vastos bufetes con velones monumentales, como si esperasen la vuelta del prócer que los hizo construir en pasadas centurias... Entonces uno se acerca á la comprensión de la esencia de aquella poesía, del por qué de aquella dulzura melancólica. Parece que todo suspira vagamente por algo que fué; parece



Molinar, cercanías de Palma de Mallorca

reproche contra las rémoras impenitentes é incurables del progreso local.

Es bastante común, hasta entre los mismos mallorquines, negar todo interés á la capital de la isla en el sentido pintoresco, si se descuentan dos ó tres edificios, vistos en una mañana, como la Catedral ó la Lonja. Claro es que si el viajero aspira á encontrar una ciudad más ó menos populosa, pero moderna, en el sentido completo de la palabra, y del tipo de Barcelona ó Bilbao, sus esperanzas quedarán defraudadas. Pero si busca impresiones de otro linaje y no se deja llevar por las trivialidades de la vida de exhibición; si viaja más como artista y como curioso que como elegante consumidor de *gin-cocktails*, y quiere penetrar en aquel sentido ó confianza que todo pueblo ofrece al estudio, no resulta despreciable el fruto que puede sacar de Palma, ni dejará tampoco de obtener notas de singular hechizo, ni de entrar muy pronto en el encanto misterioso de la población y su ambiente.

Para ello es preciso tener la vista adiestrada á separar los elementos indígenas y autóctonos de los advenedizos y superpuestos. Intérnase el visitante por el barrio de la Almudaina y de la Catedral, y si sabe escudriñar los zaguanes de las casas nobiliarias, si le impresiona el eco de sus pisadas resonando en una calle desierta y solemne, si despierta en su alma alguna emoción de quietud y aplacamiento aquella soledad entre levítica y señorial, entonces no será para él tiempo perdido el que emplee en sumergirse en el gran silencio, en el silencio casi pitagórico que emana de la vieja ciudad, contra el cual parece que llega á romperse y estrellarse sordamente la marea de las fiebres continentales.

Entonces, en uno de esos momentos de grata absorción que constituyen la verdadera delicia del viajero, llegará á revelársele todo el misterio é intimidad del alma mallorquina, suave, contemplativa y armó-

alianza de lo gótico tendiendo á la unidad y serenidad de lo clásico; de las grandes mansiones señoriales que quedan todavía empotradas en la trivialidad de las construcciones modernas sacará la impresión de un pasado faustoso, de una capitalidad potente, de una prosperidad mercantil análoga á la de las viejas ciudades italianas que se ha resuelto ahora en adocenado provincialismo. Provincialismo de provincia de tercera clase, con Instituto, Audiencia y música en el paseo los jueves y domingos.

Como supervivencia pintoresca le interesará, sin duda, la línea de molinos de viento —el Molinar, un ejército de molinos — que se extiende, extramuros, á la parte de Levante de la población. Atacados por la parálisis, la vida huye de ellos. Sus dueños los abandonan; el aparejo se pudre; las torres flaquean y van desmoronándose lentamente. Ya no es posible discutir, como hace cuarenta años, por aquellos andurriales y oír de un lado á otro el crujir de aspas y velas rodando á todo rodar y la trepidación del suelo conmovido por los setenta ú ochenta monstruos en actividad casi continua. Torres y casuchas conviértese ahora en merenderos ó albergues de la miseria, y no pasarán muchos años sin que quede borrada para siempre aquella nota simpática y llena de extraña alegría que el forastero no olvidaba jamás y que flotaba en su memoria como símbolo y evocación de los lejanos días de su viaje.

Hay que impregnarse, pues, de esa quietud y sumergirse en ese Leteo de silencio y de olvido, como para una purificación del espíritu atormentado por el ardor voraz de las grandes ciudades. Hay que oír la vibración de la gran campana de la Catedral, á la hora de la elevación en el oficio diario; hay que advertir las voces y ruidos lejanos que nos dan la impresión de ese silencio de paz inalterada. Hay que pasar unas horas en alguna de aquellas bibliotecas apartadas, en alguno de aquellos caserones cubiertos

que de todo se escapa un vaho de nostalgia. Y se diría que la ciudad, sumida en grata absorción de sonambulismo, se contempla en lo pasado, en una inexplicable *anyoransa* de sí misma.

Sobre esa ciudad apacible pasan muy de tarde en tarde los vientos de la tempestad moral. Su alma es dulce y tímida. Diríase que se presenta llena de rubor á la contemplación del mundo. Todo habla de conformidad, de resignación tranquila, de aceptación voluntaria y sincera de la propia suerte. La misma pausada cantilena musical del lenguaje, indica ya esa muelle indiferencia, esa oriental apatía de los pueblos que no se sienten perturbados por grandes aspiraciones y prefieren la contemplación á la acción. Cien veces advertí en mis paseos por los caminos de ronda, sentados en un poyo, junto al lienzo grandioso de la muralla, una reunión de ancianos tomando el sol, contemplando el monótono, pero fascinador vaivén de las olas. Eran veteranos de la guerra, del mar, del trabajo; inválidos de la existencia, que como barcas viejas y cansadas de navegar, dormitaban allí en la playa, gratamente ociosos, gratamente abstraídos al paso de las horas y al volar del tiempo. Así esperaban la muerte, serenos, tranquilos, evocando recuerdos de la juventud, visiones de antiguos viajes y de tierras lejanas.

A lo lejos se extendía el Mediterráneo en segmento grandioso. Por la línea del horizonte cruzaban buques de alto bordo, transatlánticos colosales, acorazados, la caravana marítima de los pueblos ambiciosos, atareados y febriles...

Una mirada indiferente de aquellos viejecitos seguía por un momento la ignorada ruta. Después volvían á su silencio ó á su coloquio, lleno de pausas y lentitudes.

MIGUEL S. OLIVER.

(Fotografías de J. Truyol.)

PALMA DE MALLORCA



Patio de la casa Olesa. (De fotografia de J. Truyol.)



Patio de la casa Sureda. (De fotografia de J. Truyol.)

SS. AA. RR. EN BARCELONA, IGUALADA Y EL BRUCH. (Fotografías de A. Merletti.)



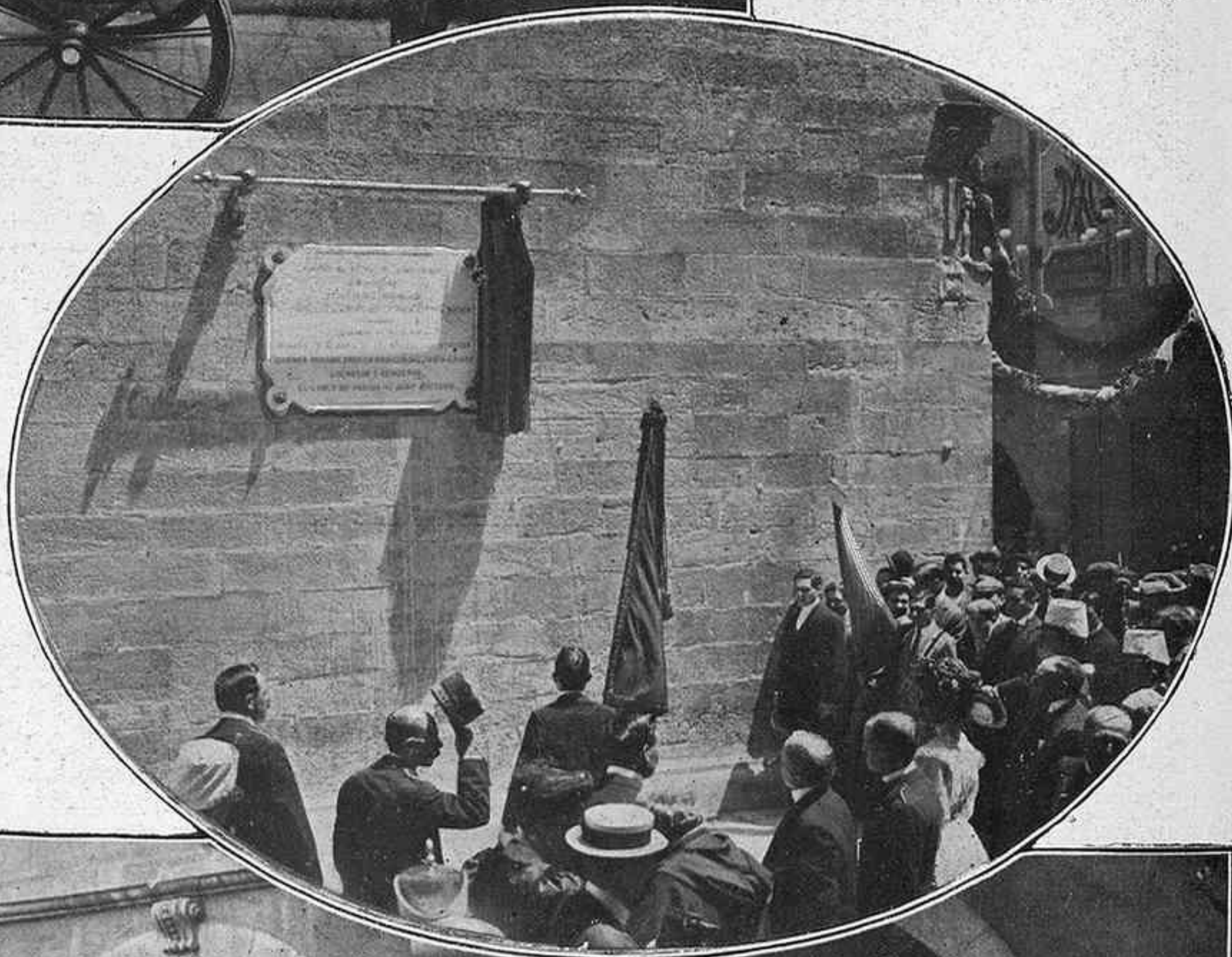
SS. AA. RR. saliendo de la catedral de Barcelona después de la visita hecha á la misma el día 6 de los corrientes

«Toca á los catalanes, confiesa ingenuamente en su *Historia* el conde de Toreno, la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué, en efecto, la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitantes; declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.»

Las batallas del Bruch (días 6 y 14 de junio de 1808), que arrancaron al mentado historiador la confesión sincera que acabamos de transcribir, han sido objeto de solemne conmemoración, á la que ha querido asociarse S. M. el rey D. Alfonso XIII, delegando en su serenísima hermana la infanta D.^a María Teresa y en su egregio primo y cuñado el infante D. Fernando de Baviera la comisión de colocar las insignias de Capitán general á la gloriosa bandera del Santo Cristo de Igualada, que tremoló en el Bruch aquel puñado de valientes que puso en fuga las águilas imperiales, insignias que regala S. M. la reina D.^a Victoria Eugenia, como para sellar una vez más la unión indisoluble entre el pueblo y sus reyes. No es, pues, de extrañar que á la regia distinción de que ha sido objeto la victoriosa enseña, hayan respondido Barcelona, Igualada, el Bruch, Montserrat, Manresa, todos los lugares de nuestro suelo que han recorrido SS. AA. RR. durante los días de su permanencia entre nosotros, con el entusiasmo que engendra la gratitud, y que en la capital de Cataluña, en la que han visitado, desde su llegada el día 5, á las 11³ de la noche, la Santa Iglesia Catedral Basílica, las Casas Consistoriales, la Diputación provincial, el Museo arqueológico y decorativo, la Capitanía general, en la que tuvo efecto recepción brillante, el Tibidabo, la iglesia de las Mercedes, los talleres de construcción de automóviles «La Hispano-Suiza», la Penitenciaría ó nuevo correccional, que inauguraron solemnemente el día 9, las Casas provinciales de Maternidad y Expósitos y de Caridad, el templo de la Sagrada Familia, el Hospital de San Pablo, el parque Güell, el Gran Teatro del Liceo, en que se dió en su honor una función de gala, el Círculo del Liceo, los grandes almacenes de El Siglo, el «Palau de la Música Catalana», la Casa de Lactancia, el nuevo Palacio de Justicia, que inauguraron solemnemente, el cruceo *Cataluña* y el Hipódromo, donde el Real Polo Club de Barcelona jugó en su honor una partida de polo; en Igualada (día 7), en donde asistieron á la misa de Campaña celebrada en el paseo de la Alameda, colocando después de ella S. A. R. la infanta Teresa la corbata concedida por R. D. á la bandera del somatén, y á la inauguración de la lápida conmemorativa empotrada en la fachada de la iglesia parroquial, y visitaron las Escuelas Pías é inauguraron la Exposición retrospectiva en el Ateneo; en el Bruch (día 8), en donde revistaron á los somatenes que allí habían acudido, asistieron á la misa de campaña que se celebró en los Plans de Sayol, visitaron

en el cementerio la sepultura de los héroes de la memorable jornada, y presidieron los Juegos Florales, en que fué elegida reina de la fiesta por el poeta D. Luis Tintorer S. A. R. la infanta D.^a Teresa; en Montserrat, cuyo Real Monasterio visitaron, invocando á la Virgen de Cataluña y admirando la bandera tomada en 14 de junio de 1808 á los franceses, y que pertenecía al 16.^o regimiento de infantería de línea y se había desplegado en las batallas de Ulm, Austerlitz, Jena y Eylau, como se lee en su anverso; y en Manresa, en donde después de visitar la catedral, la Casa Ayuntamiento, la Residencia de Padres Jesuitas, la cueva de San Ignacio y la fábrica de hilados y tejidos de los señores Bertrand, recorrieron las diferentes instalaciones de la Exposición Agrícola é Industrial: hayan sido los serenísimos esposos agasajados y vitoreados á porfía por el pueblo y por las autoridades, motivo por el cual es indudable que conservarán de su excursión por la provincia de Barcelona imperecedera y grata memoria. — L.

Inauguración de la lápida conmemorativa de la victoria del Bruch, que se ha colocado en la fachada de la iglesia de Igualada, con asistencia de SS. AA. RR.



SS. AA. RR. saliendo del Museo arqueológico y decorativo de Barcelona, después de la visita hecha al mismo el día 7 de los corrientes



Las autoridades provinciales, el Ayuntamiento del Bruch y las banderas de los somatenes esperando la llegada de SS. AA. RR. á dicha población el día 8 de los corrientes.

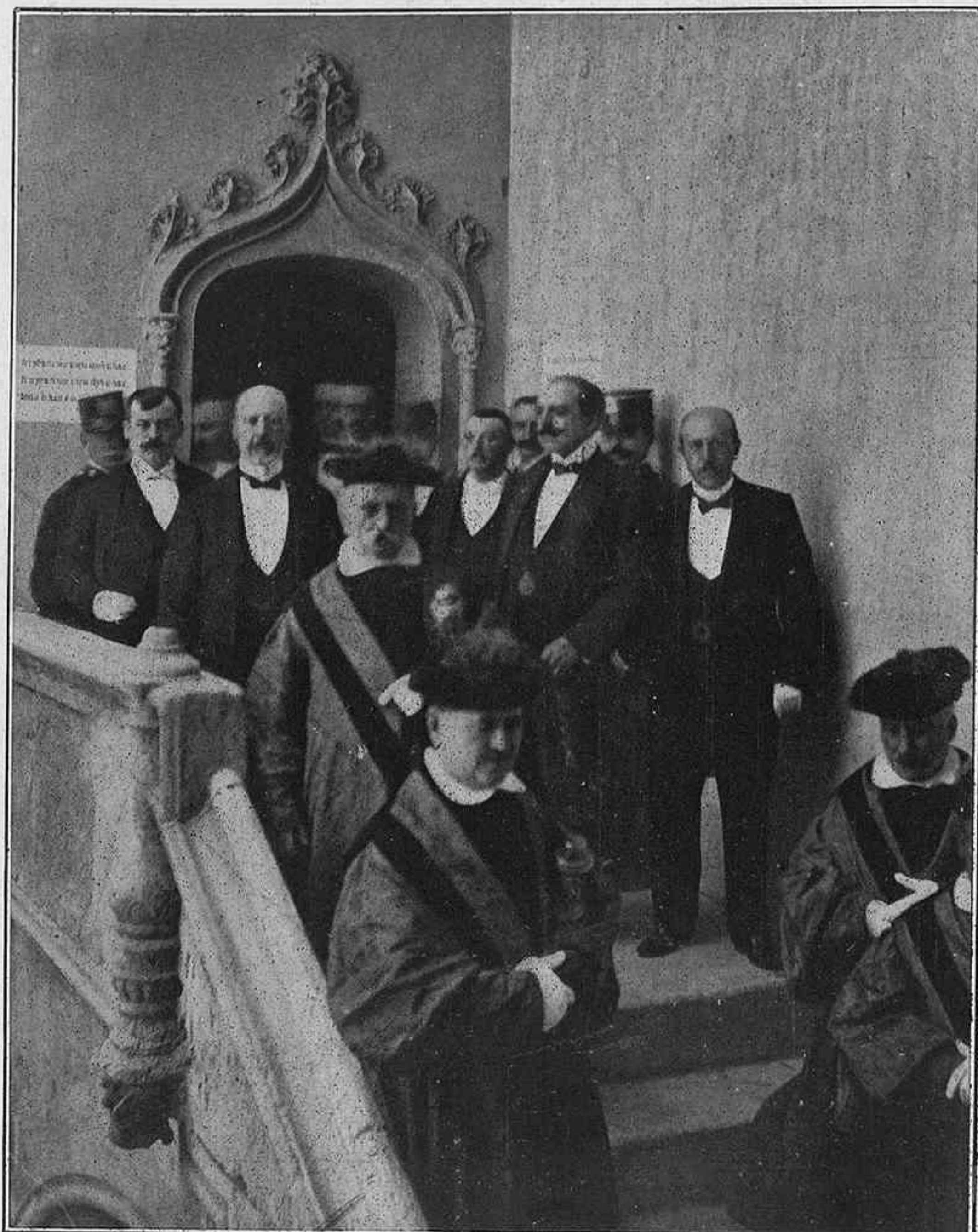


Llegada de SS. AA. RR. al Bruch con objeto de presidir las fiestas del Centenario de la primera gloriosa batalla allí ganada á las tropas napoleónicas.

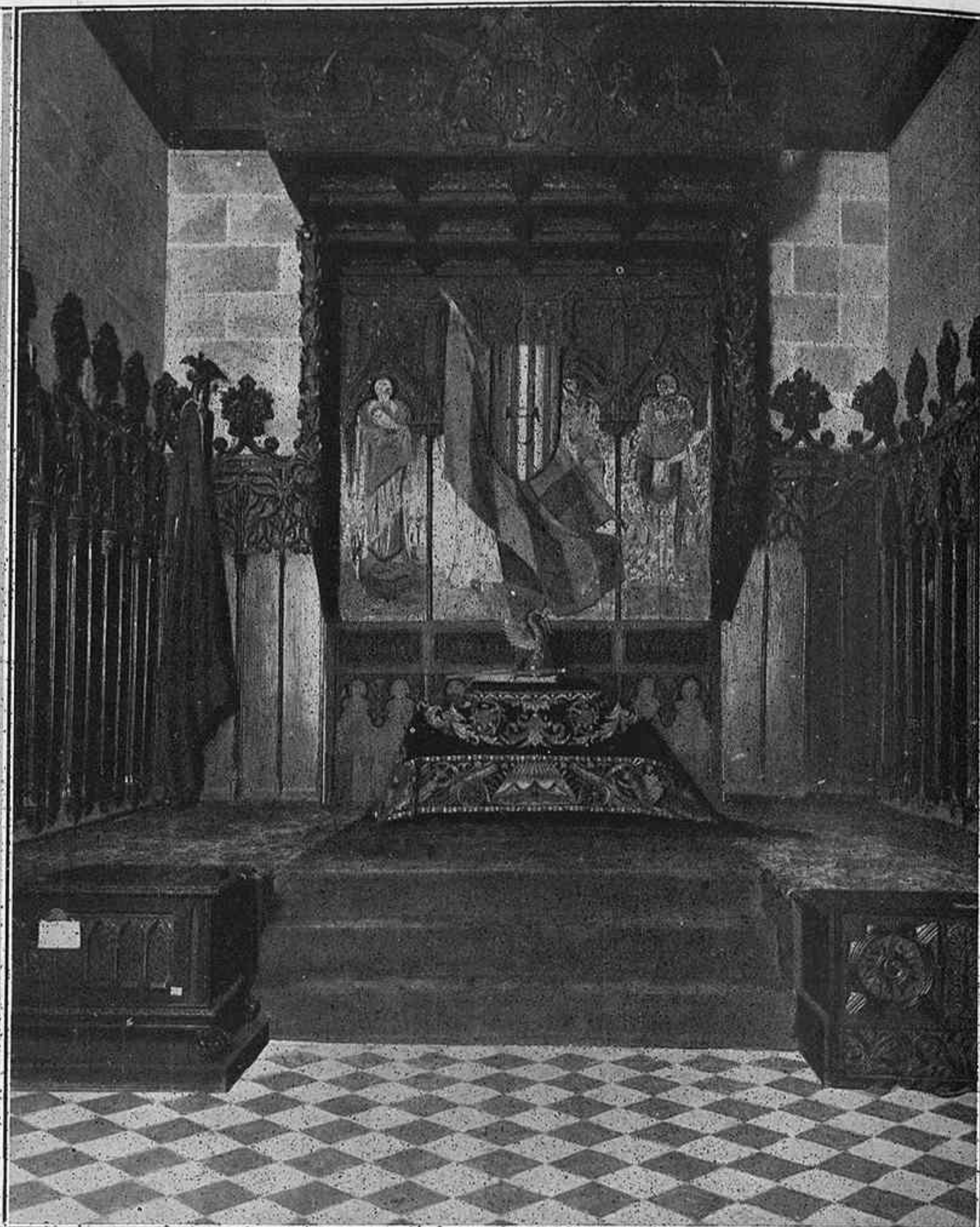


SS. AA. RR. revistando en el Bruch, el día 8 de los corrientes, á los somatenes de esta población, de Esplugas, Pedralbes, Igualada, San Justo Desvern, San Gervasio, Manresa, Tarrasa, Sarriá, Sabadell, Castellbisbal y Capellades

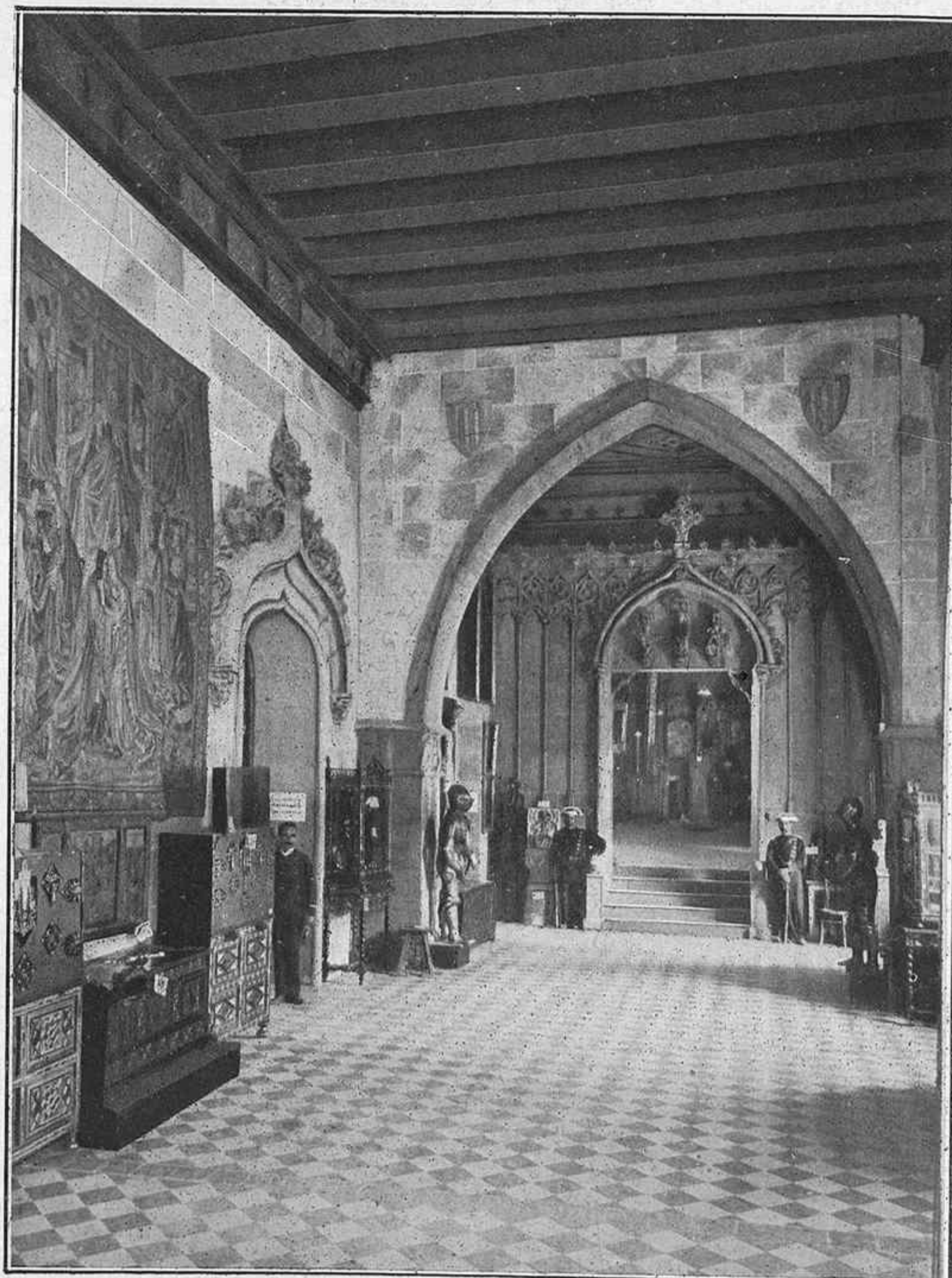
VALENCIA.—CENTENARIO DE D. JAIME I EL CONQUISTADOR



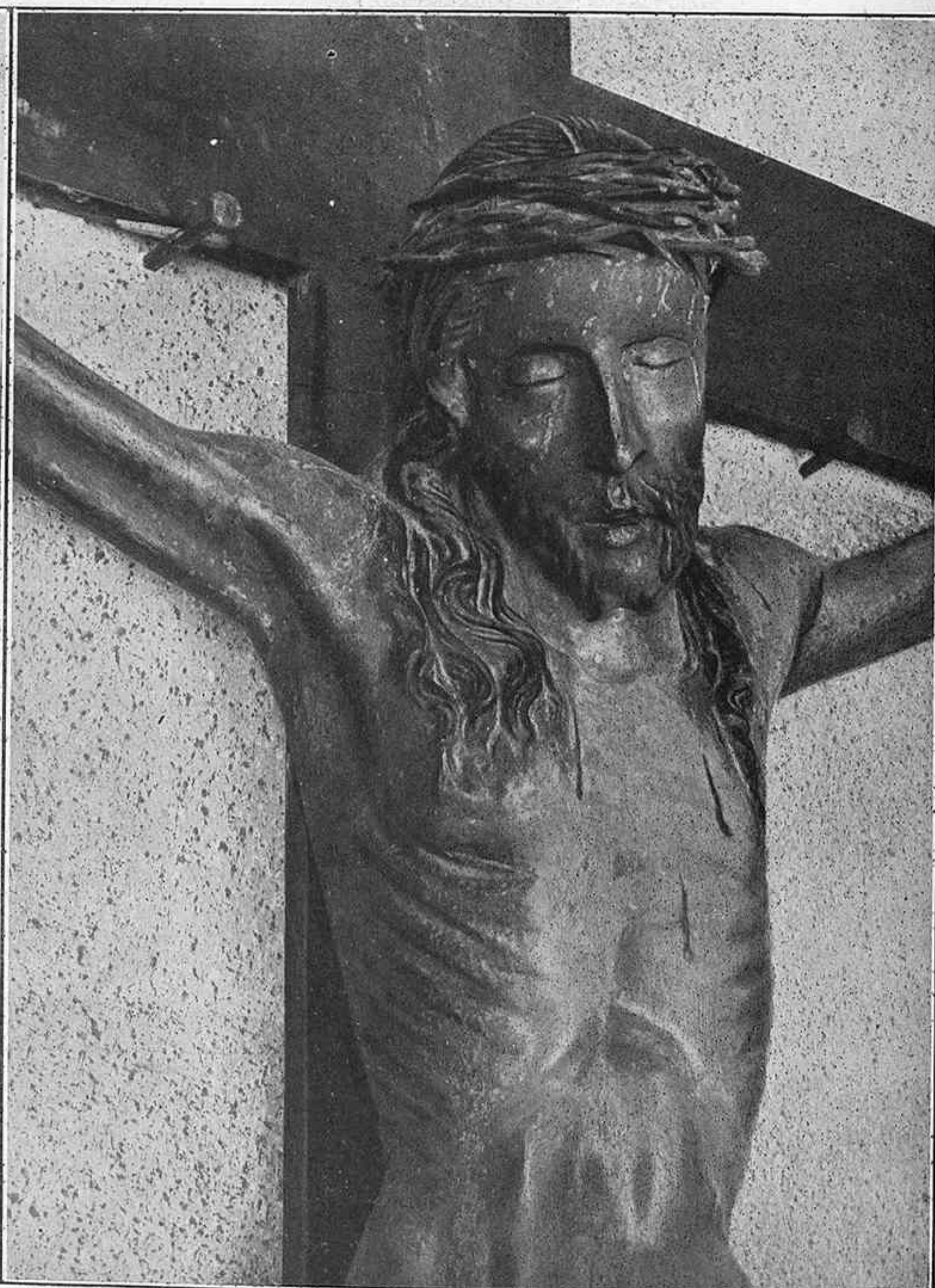
El Ayuntamiento de la ciudad de Valencia, precedido de los maceros, sale de la inauguración de la Exposición de Arte retrospectivo



Estrado de honor. En la mesa presidencial y sobre rico almohadón descansan el «Llibre dels Furs,» la espada de D. Jaime I y el casco de D. Martín, reyes ambos de Aragón



Vista del Salón Central, al fondo la capilla



Detalle de una escultura del siglo xv

VALENCIA. — Exposición de Arte retrospectivo organizada por la sociedad valencianista «Lo Rat Penat» con motivo del centenario de D. Jaime I el Conquistador. (Fotografías de V. Barberá Masip, de Valencia.)



PRIMAVERA, cuadro de Abel Boyé

EXPOSICIÓN DE ARTE RETROSPECTIVO

ORGANIZADA POR «LO RAT PENAT» DE VALENCIA

Con motivo de las fiestas del centenario del rey D. Jaime I, ha organizado la sociedad titulada *Lo Rat Penat*, de Valencia, una notable exposición de objetos pertenecientes al glorioso período en que floreció aquel gran monarca, á quien tributan hoy los pueblos que constituyeron sus Estados el homenaje que merece quien alentó por su engrandecimiento y prosperidad, ya ensanchando los límites de sus territorios, ya otorgándoles las franquicias y privilegios que dieron vida á los municipios.

La reunión de los preciados ejemplares que constituyen la Exposición, acertadamente instalada en el antiguo palacio que ocupa dicha sociedad, evoca el recuerdo de la época y del esclarecido caudillo de la Reconquista, y en cierto modo resulta una interesante manifestación de las artes en uno de los pueblos del antiguo reino.

La noble iniciativa y laudables esfuerzos de la mencionada sociedad han sido acogidos y secundados con verdadero entusiasmo por varios particulares, quienes han aportado los objetos que poseían, llegando á formar, según ya hemos dicho, una notable exhibición, así por el número y valía de los ejemplares



Joven madre, relieve en bronce, obra de Elena Langley

como por su acertada agrupación, que atestigua la competencia y buen gusto de los organizadores.

En la que fué antigua capilla del palacio y á la que da ingreso una puerta ojival, sobre la que se destaca una hermosa vidriera en colores con la representación de las imágenes de San Vicente y San Valero, reproducción de la de la capilla de los Reyes, destaca en el testero un valioso retablo del siglo XV, procedente de la iglesia de Pego, y en los lados, otros no menos interesantes facilitados por las iglesias de Albal, Liria, marqués de Montortal y el ilustre escultor Mariano Benlliure, llamando la atención la lámpara gótica del Sr. García Mas y varios candelabros de hierro forjado.

En la sala de armas figuran todos los tipos de aquel período tan digno de estudio y de tanto interés para la panoplia; revistiendo no menor importancia el monetario, los muebles, cerámica y la llamada sala baronil, así como la instalación en la que y entre otros ejemplares notables descuellan una Biblia latina del siglo XII, que perteneció á Benedicto XIII, y se utilizó para la traducción lemosina que se imprimió en Valencia en 1477.

Elogios merece la Exposición á que nos referimos y plácemes el Sr. Barón de Alcahalí y los demás organizadores, que han demostrado su inteligencia y acreditado el entusiasmo que les inspiran las gestas de nuestro país, atestiguando que no en balde ostenta la sociedad *Lo Rat Penat* la emblemática representación que remata el escudo de la hermosa ciudad que evoca las glorias del gran rey Conquistador.

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

Retrato de Carlota Wolter, por Franz Matsch.

—El ilustre pintor vienés, ya conocido por sus cuadros y pinturas decorativas, entre los que recordamos *El Sol*, *Playa de Grado*, *San Huberto*, *Las Musas*, *Madona*, *Urania* y *Polimnia*, *Los hermanos terrestres*, *La Teología*, *Primavera*, etc., ha hecho del retrato de la insigne trágica vienesa que reproducimos en nuestra primera página una verdadera creación, pues si atraen desde luego al que lo contempla la exactitud y expresión de su parecido, no le cautiva menos el descubrir en él, merced á la actitud noble y majestuosa que ha logrado dar á la artista, la exacta y sublime personificación del divino arte á que se dedica. No es incurrir en exageración asegurar que el retrato de Carlota Wolter es una de las excelentes obras maestras y artísticas del célebre pintor Franz Matsch.

Primavera, cuadro de Abel Boyé. — La primavera, que por todas partes inspira el amor por la belleza y despierta la nostalgia dormida, ha dado á Abel Boyé motivo para este bello y delicado cuadro. La frescura y la lozanía de la primavera las simboliza Boyé en una muchacha joven, gallarda, hermosa, que lleva el amor en el pecho, la sonrisa en los labios y el regazo lleno de flores... ¿Qué mejor símbolo?

Joven madre, relieve en bronce, obra de Elena Langley. — Esta distinguida artista, cuyos progresos en el relieve policromo atraen tan justamente la atención de los severos críticos ingleses, nos da hoy ocasión para ofrecer á nuestros lectores una de sus obras más simpáticas, que se aparta algo del género puramente decorativo que constituye su especialidad. Nos referimos al relieve en bronce que reproducimos en esta página, y en el cual la exquisita delicadeza del modelado, en muchos puntos de ambas figuras, corre parejas con la ternura conmovedora del asunto.

Medallón, obra de Esteban Sinding. — Este precioso medallón es obra del afortunado autor de *La Walkiria*, *El esclavo*, *Madre prisionera*, *Noche*, *La madre del bárbaro* y tantas otras obras maestras ya conocidas de nuestros lectores. El extraordinario vigor artístico de este gran escultor noruego se nota en todas sus obras, desde la creación portentosa de *La madre del bárbaro*, en la cual se nota, especialmente, un prodigioso temperamento de artista.

Busto de Enrique Becque, obra de Rodin. — Recientemente se ha inaugurado en París el monumento á Enrique Becque, cuyo busto, que reproducimos en esta página, ha sido modelado por el célebre escultor Rodin, y basta con el nombre para que quede elogiada la obra. El insigne autor dramático francés nació y murió en París respectivamente en 1837 y 1899. Su primera obra fué una ópera en tres actos, titulada *Sardanápalo*, con música de Joncières, la cual fué estrenada en el teatro Lírico el 8 de febrero de 1867. Al año siguiente hizo representar en el Vaudeville *El hijo pródigo*, comedia en cuatro actos, y en junio de 1870 el drama en cinco actos *Miguel Pauper*, en el teatro de la Puerta de San Martín. Además hizo representar: *Las mujeres honradas*, comedia en un acto, en 1880; *Los cuervos*, comedia en cuatro actos (1882), de un realismo audaz, estrenada en el teatro Francés, y que en la actualidad es una de las creaciones de Teresa Mariani, y *La parisina*, comedia en tres actos (1885), representada por primera vez en el teatro del Renacimiento y que después se representó en el teatro Francés. La obra periodística de Becque como crítico de teatros es verdaderamente notable. El gobierno francés le condecoró, en 28 de diciembre de 1886, con la cruz de la Legión de Honor, y su memoria queda desde ahora perpetuada con el monumento que se ha erigido en la capital de Francia y que, como hemos dicho al principio, ha sido inaugurado recientemente en París con asistencia de las autoridades y de representaciones de las Artes y Letras.



Medallón, obra de Esteban Sinding

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BERLÍN. — Una de las telas mejores de Goya, el retrato de la señora de Ceán Bermúdez, que actualmente está expuesto en el Salón Cassirer, ha sido comprada por los propietarios de la Galería Miethke, de la misma capital, y será colocada en la Galería Nacional de Hungría.

Espectáculos. — PARÍS. — Se han estrenado con éxito: en la Comedia francesa *Amoureuse*, comedia de Porto-Riche, muy combatida por la crítica cuando se estrenó en el Odeón; en el Ateneo *El canto del cisne*, comedia en tres actos de Jorge

Duval y Javier Raux; y en «l'Œuvre» *Vae victis*, comedia en tres actos y cuatro cuadros de Mlle. Margarita Duterme.

BARCELONA. — Se han estrenado con éxito: en Novedades



Busto de Enrique Becque, colocado en el monumento recientemente inaugurado en París, obra de Rodin

Señora ama, comedia en tres actos de Benavente; y en el Eldorado *Floriana*, comedia en cuatro actos de Tristán Bernard y Alfredo Athis, arreglada al castellano por P. Muñoz Seca.

ZARAGOZA. — Se ha estrenado en el teatro Principal, con extraordinario éxito, *Zaragoza*, ópera en tres actos, libro de Pérez Galdós, con música de Lapuerta.

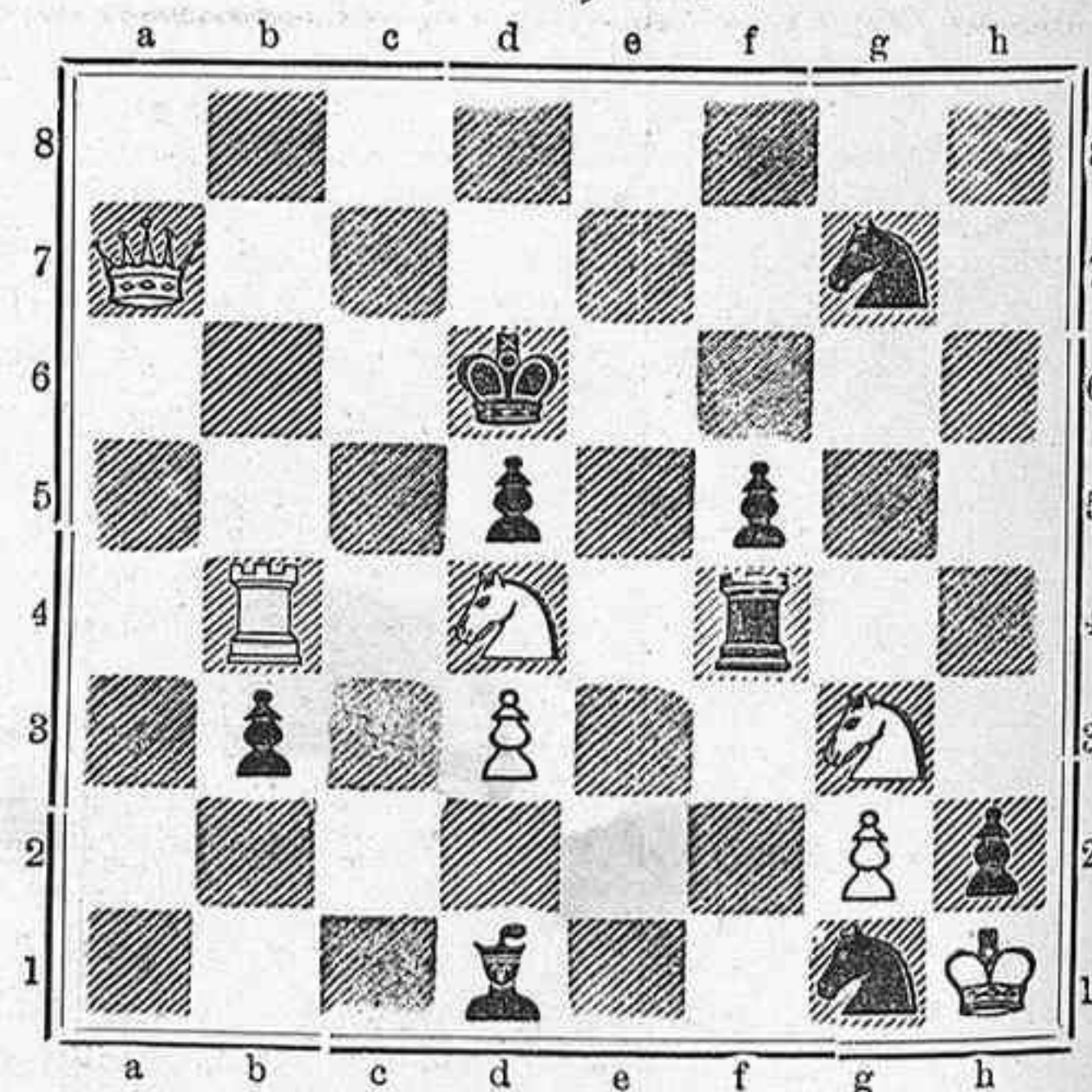
Necrología. — Ha fallecido:

D. Cesáreo Fernández Duro, experto marino y sabio historiador, presidente de la Sociedad Geográfica Española, secretario de la Academia de la Historia y académico de número de la de San Fernando.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 497, POR V. MARÍN.

NEGRAS (9 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 496, POR V. MARÍN

- Blancas. 1. D a 8 - d 8
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. C, P ó D mate.

EL HEREDERO

NOVELA INGLESA ORIGINAL DE SYDNEY C. GRIER.—ILUSTRACIONES DE G. P. JACOMB-HOOD. R. I.

(CONTINUACIÓN)



Volvióse alegremente á decirle adiós con la mano al bajar, con sus custodios, el sendero de la montaña

—Está empeñada en que ha muerto. ¿Cómo quiere usted que por sólo mi opinión cambie de modo de pensar? Si creyera que eso la consolaría, se lo diría; pero supóngase usted que no lo volvemos á ver más hasta que todos hayamos sido rescatados y nos veamos libres. Volvería á creer que había muerto y sufriría el doble.

—Me alegraría que tuviera usted razón y estuviera vivo, dijo con tristeza Mauricio.

Los bandidos habían terminado su refrigerio y estaban tranquilamente ocupados en remendar sus trajes y abaracas; entretanto el jefe, sentado al pie de un árbol, sostenía animado coloquio con Milosch. Un centinela estaba apostado á la entrada del sendero que conducía al campamento, otro en lo alto de la montaña y un tercero, que Mauricio había visto, en el linderó más bajo del bosque. Todo parecía anunciar que el día iba á pasar tranquilamente y que no se moverían de allí; á Mauricio esta idea le era pesosa, por más que el descanso fuera muy de apetecer. Si Wylie no había muerto, ¿dónde estaba? ¿Qué suerte le esperaba? Sería para volverse loco si había de estarse repitiendo estas mismas preguntas durante

todo un día, sin que hubiera posibilidad de distraerse con alguna ocupación provechosa.

Estando Mauricio sentado y sumido en sus tristes meditaciones, salió Zoe de la choza, rojos los ojos, enronquecida la voz, pero rebosando fuerza nerviosa.

—Busquemos algo que hacer, Mauricio, si hemos de permanecer aquí todo el día, dijo. Hagamos otra cabaña para ti. Estoy segura que te vendrá mejor que tener que dormir esta noche al sereno.

Levantóse en seguida Mauricio, que notó la mirada de Irene, con la que, si bien no necesitaba el consejo, le decía: «Complázcala usted; necesita de algo que la distraiga.» Fuese al monte y comenzó á elegir unas ramas verdes y á cortarlas con el inapreciable cuchillo que para tantas cosas les servía. Zoe comenzó á trabajar con afán, é Irene, sentada como en un trono en un ribazo, al pie de un árbol, daba sus disposiciones.

—Debe hacerse lo bastante grande para que también quepa el capitán Wylie, dijo cuando Mauricio, creyendo que ya había cortado bastantes ramas, las estaba reuniendo en un haz para llevárselas al campamento. Tal vez esta noche esté de vuelta.

—Irene, ¿cómo puede usted?.., exclamó indignada Zoe, y se detuvo, porque no le fué posible continuar.

—Mire usted, Irene, dijo incomodado Mauricio, ¿no podría usted buscar algo que hacer? No se limite á estarse sentada, mirando.

—¡Ah, no puede!, interrumpió Zoe. Se volvió á descomponer el brazo ayer al cruzar por aquel horrible paso; estaba bastante mal cuando esta mañana se lo curé. Déjala quieta; cada cual gasta las bromas á su modo.

La mirada que Irene dirigió á Mauricio parecía decirle: «¿Qué le dije á usted?» Levantóse y volvióse andando con cuidado al campamento. Cuando los dos regresaron con sus respectivas cargas, Irene, con porte serio, se alejó, á fin de que se entregaran en paz á sus pesares.

Viendo, sin embargo, que no hacían caso de ella, se les fué acercando poco á poco para ayudarles en su obra con sus útiles advertencias, que resultaron serlo más de lo que se hubiera creído, porque, según dijo, en su niñez había con frecuencia visto á los guardabosques de su padre construir chozas con ramas de abedul. Sin embargo, al repetir su indicación

de que la hicieran capaz para dos, Mauricio se creyó obligado á intervenir para que la paz continuara.

—Tenemos todo el día para construirla, dijo; así es que podremos hacer que quede mucho mejor que la que levantamos anoche á toda prisa. Ustedes dos se pasarán á ella y yo me quedaré con la otra. ¿Les parece bien?

Zoe aceptó con su silencio la proposición y siguieron en su trabajo, entrelazando con las ramas inclinadas, que formaban los costados, otras más pequeñas y hojas. Trabajaron con ahinco durante casi todo el día, y hablaron tan poco, que Irene se cansó de estar en su compañía. Por fin, aburrída, los dejó y subió por la falda de la montaña en dirección al sitio donde estaba el centinela, cuidando de no perder de vista el campamento. La vieron sentarse en una piedra á propósito y ponerse á contemplar el paisaje; luego volvieron á ocuparse de su obra sin pensar más en Irene, hasta que una exclamación de ésta, acompañada de un grito del centinela, hizo que dieran de mano al trabajo y que los bandidos cogieran las carabinas.

—¿Habrán, á pesar de todo, encontrado nuestras huellas?, exclamó Mauricio.

—Llegan un día demasiado tarde, murmuró Zoe. ¡Ah, si nos hubieran alcanzado anoche!

—Vaya, de poco nos va á servir nuestro trabajo, pues tengo la seguridad de que á toda prisa nos llevarán á otra parte, dijo Mauricio viendo que los bandoleros se apresuraban á meter sus efectos en los morrales.

Pero muy pronto las voces del centinela, que siguieron á otras que se oyeron débilmente por la distancia, anunciaron que eran sólo tres y amigos los hombres que se veían. Casi al mismo tiempo bajó Irene la cuesta, corriendo á escape.

—Es él. Ya lo había dicho yo, exclamó. Es el capitán Wylie con dos de los bandidos. Tratarían tan sólo de asustarlo y ahí lo traen.

—¡Ah! Vamos á su encuentro, exclamó Zoe.

—Deje usted que vaya solo Mauricio, dijo con sequedad Irene. Tiene usted los ojos muy encarnados, añadió en voz baja.

—No piense usted como se pensaba hace cincuenta años, fué la contundente respuesta. ¿Cree usted que á mí me importa que vea que he llorado porque creía que lo habían asesinado? Si así no lo hubiera hecho, renegaría de mí misma.

Bajaron por el sendero siguiendo á los bandidos, que iban empujándose unos á otros entre sorprendidos, incomodados y asustados. Los dos individuos de la partida que acompañaban á Wylie comenzaron á lanzar á voz en cuello explicaciones y disculpas mucho antes de que pudieran distinguirse claramente sus palabras; mientras sus camaradas les estrujaban tomándoles declaraciones, Wylie pudo llegar hasta donde estaban sus amigos.

—¿De modo que todo aquello fué una farsa?, preguntó Mauricio.

—Hasta cierto punto. Yo supongo que ellos querían hacerles creer á ustedes que me habían matado para que les sirviera de escarmiento y no trataran de hacer más tonterías; pero también me habían elegido para confiarme una misión muy delicada, la de concertar el rescate de ustedes. Pero esos brutos se pasaron de listos en el modo que idearon para ello, y el resultado ha sido que aquí me tienen ustedes.

—¿Qué de cosas tendrá usted que contarnos!, dijo Zoe.

—Aguarde usted á que llegemos al campamento para que podamos oírlas con comodidad.

—Vaya, han pasado ustedes el día construyendo casas, dijo Wylie al llegar á él.

—Eso es precisamente lo que hemos hecho para ahogar nuestra pena, dijo Mauricio. Ahora principie usted. ¿Fingieron que le iban á fusilar á usted, ú otra barbaridad por el estilo?

—No, únicamente me maniataron y empujaron, haciéndome bajar corriendo por esas sendas de cabras; lo que no era para tomarlo á broma llevando los ojos tapados y las manos sujetas. Verdaderamente me admiro de poder contar lo pasado, pues dí más resbalones que pasos. Por último, parecía que habíamos llegado á un lugar relativamente llano, me quitaron el pañuelo de los ojos y me dejaron libre. Me dijeron que me las arreglara como pudiera para llegar otra vez á país civilizado y decirles á los amigos de ustedes que si querían volverlos á ver vivos era necesario que mandaran quince mil libras esterlinas antes de que se cumpliera un mes, día por día.

—¿Quince mil libras!, exclamó Zoe abriendo tamaño boca.

—Sí, parece que es mucho, pero no fué eso lo que me dejó anonadado. Fué el que yo, en realidad, no sé más respecto á ustedes sino que tienen una posesión en el Homeshire. Sé también que Smith ha es-

tado en Cambridge y que ganó un premio de poesía; pero con dificultad hubiera yo podido llegar hasta allá y abrir una subscripción, ó bien pedirle al claustrero que hipotecara las rentas de la Universidad para conseguir el dinero, ¿no es cierto? Pareciéoles cosa muy desprovista de sentido común que, después de todo lo que hemos pasado juntos, supiéramos tan poco los unos de los otros y yo no pude hacérselo creer á mis acompañantes. Sin duda creerían que en nuestro país debíamos vivir puerta con puerta ó cosa parecida; con mucho trabajo me explicaron que si sólo hubiéramos sido tres, nos hubieran hecho escribir una carta; pero siendo cuatro, querían mandar uno en persona. Por último me las arreglé de modo que comprendieran que nada me haría presentar la cara en Therma sin llevar mis credenciales en debida forma, y que, sin saber yo á quién pedirselo, no era probable que recibieran el dinero; así es que decidieron que viniera uno aquí á recibir instrucciones. Pero cuando llegó el caso de designar al que había de venir, ninguno quiso quedarse solo conmigo, y como yo me negué á permanecer allí hasta que volvieran, comprendieron que lo único que les quedaba que hacer era traerme con ellos.

—¿Dice usted que ya no tenía los ojos vendados?, dijo Irene, en tanto Mauricio y Zoe se miraban uno á otro mudos de consternación. ¡Ah, sí, ya sé lo que pasó! Los bandidos tuvieron miedo de usted, de sus ojos. Ellos los aborrecen.

—Pues tienen en eso muy mal gusto, dijo alegremente Wylie. Vamos, aquí viene nuestro amigo Milosch; ya veo que nos trae algo que cenar.

Durante el día se habían procurado un carnero, furtivamente, por supuesto; Milosch trajo parte de la carne para los cautivos, pero también trajo el tintero de viaje de Zoe, una hoja arrancada á uno de sus cuadernos y una pluma de desconocida procedencia.

—Escriba usted ahora, antes de que el sol se ponga, dijo á Mauricio, una carta que todos han de firmar. El rescate que pedimos es de quince mil libras inglesas, que han de ser colocadas, en oro, este mismo día el mes que viene, en un lugar que se le indicará al mensajero. Si el rescate no viene ó si se trata de engañarnos, les mataremos, principiando por...

Y miró sucesivamente, con ojo escrutador, á los tres, los que, según confesaron después, sintieron que un escalofrío recorrió todo lo largo de la espalda; después se echó á reír y añadió:

—No, no diré por quién principiaremos. Tal vez lo dejemos á que la suerte lo decida. Desde este momento no pueden ustedes hablar con el mensajero sino en presencia mía; así es que no traten ustedes de fraguar ningún complot.

Mauricio miró á Zoe desesperado. ¿Cómo iban á dejar que fuera Wylie á desempeñar su cometido sin saber sus verdaderos nombres? Y sin embargo, ¿cómo iban ellos á decirselos oyéndolo Milosch, que tenía la mala cualidad de entender el inglés mejor de lo que lo hablaba?

Zoe vino en auxilio de su hermano.

—El capitán Wylie adonde debe ir es á ver al profesor Panagiotis, dijo.

—¿Al profesor Panagiotis!, repitió con viveza Irene. ¿Le conocen ustedes?

—Es la persona á quien íbamos á visitar, respondió sorprendida Zoe. ¿Es amigo de usted?

—Era conocido de mi padre, dijo Irene algo vacilante; pero no recuerdo haberle visto nunca.

—Bien: puesto que él no puede acordarse de usted, no habrá necesidad de nombrarla aparte, dijo con presteza Zoe, temiendo que Wylie estuviera, como ella lo hubiera estado en su caso, tratando de concordar los parentescos de aquella familia tan rara.

Dirigiéndose á Wylie añadió:

—Diga usted solamente que aquí estamos reunidos todos.

—Sí, me parece que la carta debe dirigirse al profesor, dijo Mauricio, y él le indicará á Wylie lo que haya de hacerse. Hay cosas que no pueden ahora explicarse bien, pero que son de mucha importancia en esta situación.

La carta fué escrita y firmada en debida forma por Mauricio Smith, Zoe Smith é Irene Smith, y dirigida al profesor en su quinta de Kallimeri. A Milosch le hizo mucha gracia la idea de que la cabeza del partido griego en Ematia se viera obligado á subvencionar á los esclavones, sus enemigos, con una suma tan considerable, y comunicó á voces á sus compañeros la mala pasada que le iban á jugar.

Mucho se rieron ellos entre sí porque Milosch no se volvió á separar de los prisioneros. Propóníase sin duda alguna de que ninguno dijera á Wylie una palabra que pudiera ocultar alguna contraseña que sirviera para privar á la partida del deseado botín, ó que pudiera hacer que los persiguieran y atrapas-

hasta cuando Mauricio y Wylie se arrebujaron en sus mantas para dormir, se sentó entre los dos, revólver en mano.

X

LA OTRA PARTE

—Adiós. Muchísimo siento tener que dejarla á usted de esta suerte, dijo Wylie á Zoe al estrecharle la mano antes de partir.

Entre tanto Milosch, por la vigésima vez, volvía á leer la carta para convencerse de que no había en ella frases de dudoso sentido.

—La de ayer fué mucho peor, contestó ella sonriéndose.

—¡Oh, no quise decir eso! Quería decir que me parece que es á usted á quien dejo más en particular abandonada; hemos siempre estado unidos como buenos compañeros. ¿No es cierto? No me explico cómo va Smith á servir á la vez de escudero á dos damas por estos vericuetos.

—Quizás no nos saquen de aquí, dijo Zoe. Me parece este lugar tan escondido y seguro como el que más.

—¡Ojalá sea así! ¿Sabe usted, añadió bajando la voz, que casi creo que podría llegar hasta aquí desde el sitio adonde me llevaron ayer? A la vuelta, se olvidaron de taparme los ojos. Si bajáramos hoy por el mismo camino, entonces sí que tendría completa seguridad.

—Pero ¿de qué nos serviría?

—Vaya, ¿se imagina usted que yo me conformaría con que estuviera usted un mes más en poder de esta gente? Voy á armar un escándalo fenomenal y á obligar al gobierno á obrar con actividad. Tengo una pequeña cuenta que arreglar con estos bandidos, como usted debe recordar, y á la verdad, no me gustaría que se embolsaran quince mil libras.

—Pero si no se les entrega el rescate, nos asesinarán.

—No, si antes vienen á ponerles en libertad, dijo prontamente Wylie. No tenga usted miedo. No debe creer usted que yo ponga en peligro ni un solo cabello de su cabeza. ¿No es así? Pero si puedo ahorrarla quince ó veinte días de seguir en esta situación y al mismo tiempo escamotear á los bandidos la suma que esperan, ¿cree usted, en conciencia, que yo dejaría pasar la ocasión de hacerlo?

Volvióse alegremente á decirle adiós con la mano al bajar, con sus custodios, el sendero de la montaña. Zoe se quedó sumida en un arrobamiento que hubo de sacudir haciendo un gran esfuerzo de voluntad.

—Ha obrado muy bien en lo que ha hecho, se decía. Hemos sido buenos compañeros, según dijo; lo hemos pasado muy bien. Unos cuantos días más y ya no hubiera podido pasarme sin él; pero no hay que ocuparse de eso. Quiero ver mundo y crearne un nombre antes de pensar en tales cosas. Sí, ha hecho bien.

Peró esa conformidad no era lo bastante para tolerar que Irene se atreviera á decir que se alegraba de que se hubiera ido el capitán Wylie, pues siempre estaba disponiendo de Mauricio. De aquí provino una gran frialdad entre las dos jóvenes, que duró hasta que Irene, que necesitaba componer sus zapatos destrozados, tuvo que recurrir á Zoe para que le pidiera á Zeko agujas é hilo.

El día siguiente á aquel en que se marchó Wylie, los otros prisioneros vieron que no eran los bandidos tan confiados como aquél había supuesto. No tenían de ningún modo intención de permanecer en el mismo sitio donde los había dejado hasta que á él se le ocurriera volver. Antes del amanecer quedó abandonado el lugar, limpio de maleza el sitio donde hicieron las cabañas, y dió principio otra jornada fatigosa, subiendo y bajando por las tortuosas sendas de las montañas.

Zeko, con ademán señorial y desdeñoso, ayudaba á Zoe á pasar por los sitios peores, de modo que Mauricio pudo con toda libertad dedicarse á Irene; ambas jóvenes estaban enteramente rendidas de cansancio antes de ocurrir el lance peor de toda la marcha, que fué una larga ascensión por el pendiente lecho de un torrente, que á pesar de ser verano, llevaba agua bastante para que se mojaran por completo las jóvenes y para que acabaran de ponerse inservibles los zapatos. Iban enteramente descalzas cuando, dando traspiés, penetraron en el pequeño valle de donde el torrente descendía cuesta abajo. Estaban ya á tal altura de las montañas, que vino á agregarse el frío á sus anteriores sufrimientos. Hasta los bandidos se movieron á compasión al ver sus caras lividas y al oír el castañeteo de sus dientes, ó tal vez temieron que las penalidades acabaran con ellas an-

tes de que llegara el rescate, pues ayudaron á Mauricio á recoger leña para hacer un buen fuego y obligaron á las jóvenes á sentarse junto á él para que se les secara la ropa.

El jefe llegó hasta á darles un poco de un licor tónico, pero ardiente, que las dejó sin respiración y aguados los ojos; también les proporcionó un par de abarcas para cada una, tomándoselas á dos individuos de la partida que habían sido lo bastante incautos ó melindrosos para haberse traído consigo algo más de lo puesto. También en aquellas alturas estaban los árboles demasiado diseminados para que pudieran hacerse chozas; pero en las rocas, á la orilla del arroyo, había unas cavidades que casi podrían llamarse cuevas. Mauricio barrió una de ellas con la rama de un árbol, hizo en su interior una hoguera más pequeña y tendió las mantas para que sirvieran de lecho. Se había acostumbrado ya á dormir al aire libre, envuelto en el capote de un bandido; pero aunque le permitieron que se acostara cerca del fuego, nunca pudo olvidar el frío penetrante de aquella noche; en el interior de la cueva, las jóvenes la pasaron abrazadas una á otra, cubiertas con las dos mantas, pero tiritando á pesar de todo ello. A la mañana siguiente, su aspecto asustó á los bandidos, y además de las abarcas les dieron capotes y polainas de los que ellos usaban. Tenían los pies tan lastimados, que no podían andar solas; las ayudaron á llegar á una especie de explanada en la parte de la cañada donde daba el sol, y allí, al fin, pudieron entrar un poco en calor. Prestáronles agujas é hilo para que se arreglaran lo mejor posible los vestidos, y al regreso de tres de la partida, después de una ausencia un poco larga, el jefe les regaló á cada una un pañuelo, grande y fuerte, para que con ellos reemplazaran los ya inservibles sombreros. A Mauricio, cuya herida en la cabeza estaba ya lo bastante cicatrizada para no necesitar vendajes, le pusieron un gorro turco, al que, con toda solemnidad, quitó Stoyan la borla con un cuchillo, alegando que no parecía bien que un cautivo la usara.

No había permanecido ocioso Mauricio durante el día. Reunió cuantos pedazos de roca sueltos pudo encontrar, y con ellos, á fin de que no penetrara el viento en la cueva, hizo toscamente un pequeño muro, sirviéndole de cemento el lodo que recogió de un lugar donde el arroyo formaba una charca cenagosa.

Los bandidos que habían traído los pañuelos trajeron también un gran haz de paja que extendieron, en gruesa capa, por el suelo, de modo que las jóvenes tuvieron la segunda noche un dormitorio donde poder descansar mucho mejor que la primera. También se iba pasando el cansancio producido por la marcha forzada, y al segundo día principiaron á probar á andar con abarcas, arte que se necesita aprender con alguna cautela.

Pasó una semana tranquilamente, sin más incidentes que las excursiones que hacían los bandidos en busca de víveres y noticias. Parecían tener un servicio de información muy bien montado, por medio del cual supieron que desplegaban gran actividad las autoridades rumfes, así civiles como militares, y que mandaban tropas á las montañas por distintas direcciones. Estas noticias más bien causaban risa que miedo á los bandoleros; no faltaba que comer, lo que demostraba que los campesinos le iban perdiendo el miedo á sus señores de hecho, si no de derecho. Las jóvenes pasaban gran parte del tiempo componiendo sus rotos trajes con pedazos de la tela, parda y basta, que usaban algunos de los bandidos; relevaron á Mauricio en sus ocupaciones domésticas, dejándole en libertad de hacer obras admirables de ingeniería en el arroyo, ya construyendo en cierto sitio una presa para hacer un estanque donde pudieran las jóvenes coger agua muy cerca de su cueva, ya colocando pedazos de roca para que les sirvieran de escalones. La actividad que demostraban tener los prisioneros llenaba de asombro á sus guardianes, cuya mayor felicidad parecía consistir en tenderse al sol fumando, disputando entre sí ó jugando á algún primitivo juego de azar; al principio observaban con recelo todos sus movimientos; pero por grados se fué estableciendo entre Mauricio y ellos una cierta buena inteligencia parecida á compañerismo, sentándose aquél junto al fuego para escuchar lo que éstos decían, pues ya empezaba á entenderlos sin necesidad de que Milosch interviniera. A Irene no le parecía bien que lo hiciera, y según su costumbre, así se lo manifestó francamente.

—Eso es indigno y bajo, dijo agriamente. Una persona de elevados sentimientos todo lo soporta antes que tratar con intimidad á unos miserables de quienes sólo ha recibido malos tratamientos.

—Lo hago para distraerme, no para complacerles, dijo Mauricio. Quiero averiguar por qué motivo esos

mocetones se han hecho bandoleros y preguntarles qué agravios recibieron y tratan de vengar.

—¡Agravios! ¿Qué agravios han de haber recibido?

—No lo sé; pero desgraciadamente algún motivo han tenido.

—Pero ¿qué le importa á usted saber los que sean?

—¡Vaya! Yo sufro las consecuencias y usted también. Por eso es natural que quiera averiguar en qué consisten.

—¿Y á qué nación pertenecen, Mauricio?, preguntó Zoe. Yo creía que todos eran de Tracia ó de Dardania.

—No, casi todos son de Iliria, cristianos, hasta cierto punto. Naturales de Ematia, pero mandados por extranjeros, de eso no me cabe duda. Muy pocos son los que parecen haberse hecho bandidos por gusto; la mayoría están ya cansados de esa vida, pero no pueden ir á residir con seguridad en sus aldeas.

—Ellos se tienen la culpa, dijo Irene.

—En parte, pero también la tienen otros. Algunos no habrán podido pagar las contribuciones en los años malos, ó han hipotecado sus tierras y se las habrán vendido judicialmente. Otros han huído á las montañas después de haber asesinado á los recaudadores ó por haber cometido venganzas personales. Se precian de robar únicamente á los ricos, á quienes detestan cordialmente; pero se me figura que á los pobres no les queda otro camino sino proveerlos de comida y ropa, sobre todo si los pobres son griegos.

—Vaya, Mauricio, ya has oído á la otra parte, exclamó Zoe.

—¿Qué otra parte?, preguntó Irene con viveza.

—Cuando escuchábamos lo que nos decía el profesor Panagiotis, Mauricio le arguía con que le gustaría oír también á la otra parte, y eso es justamente lo que está haciendo ahora, interrumpió con presteza Zoe por temor á que Mauricio, arrastrado por el asunto, dejara escapar su secreto.

—Sí, eso es justamente lo mismo que yo pensaba; hay en esta cuestión dos aspectos muy distintos que tener en cuenta, dijo él pensativo. Es para asustarse ver cómo esta gente odia á la iglesia ortodoxa y á todo cuanto con ella se relaciona. Parece que, durante generaciones enteras, se les ha obligado, de un modo parecido á las dragonadas de Luis XIV, á pertenecer á ella, sin otra alternativa que hacerse mahometanos. Toda la enseñanza se ha dado en griego y el pueblo ni aún tenía la Biblia traducida á su idioma; así es que la única probabilidad de medrar consistía en volver la espalda enteramente á su propia nacionalidad.

—Y así debía ser, exclamó Irene echando llamas por los ojos. ¿Quería usted que degradaran las Divinas Escrituras y las Sagradas Liturgias, traduciéndolas del glorioso griego á los toscos dialectos de esos bárbaros?

—¡Qué cosa tan curiosa!, exclamó involuntariamente Zoe.

—¿Qué quiere usted decir?, preguntó Irene.

—Vamos, Irene, no hay motivo para que aparentemos ignorar que es usted escita; ha dicho usted muchas cosas que lo comprueban. Es muy gracioso oírle á usted hablar en el mismo sentido que el profesor Panagiotis, en los momentos mismos en que Escitia está haciendo cuanto puede á fin de sublevar á los bárbaros, según usted los llama, contra los griegos.

—¿Por haberme educado en Escitia he de desconocer la verdad y el derecho?, exclamó Irene. Me sorprende, he de confesarlo, ver á un inglés defendiendo los criminales designios de los eslavos, en contra de la noble causa de los heroicos y perseguidos griegos.

—No definiendo á los eslavos ni á nadie, dijo Mauricio. Si quiere usted que le defina mi actitud, le diré que censuro con imparcialidad á ambas partes. Tal desbarajuste han armado, que parece como si en Ematia hubiera que reconstruir desde los cimientos todo el edificio social. Si las contribuciones fueran equitativamente repartidas y honradamente recaudadas y eliminados los intermediarios, se habría en realidad adelantado mucho, especialmente si se pudiera hacer desaparecer á los usureros estableciendo bancos agrícolas. Pero sería necesario establecer un sistema de responsabilidad municipal, como han hecho en Burmah, antes de que se puedan borrar los odios de familia y los desórdenes por causa de religión. He de preguntar á Wylie de qué medios han de valerse para tener una policía que no tome partido por uno ú otro bando. Paralelamente con eso, debían cruzar el país de carreteras y vías férreas, educar mejor á los sacerdotes, traducir libros, establecer escuelas y abrir el ejército á los cristianos,

haciéndolo bienquisto al pueblo, á fin de que el bandolerismo no siga siendo...

—La única carrera para los jóvenes de alma bien templada, dijo Zoe aprovechando una pausa.

—Bien, exclamó Irene, que había escuchado con muda indignación á Mauricio exponiendo sus ideas respecto á la regeneración de Ematia. Quisiera yo saber qué le importa á usted todo eso.

—¿Y á usted?, preguntó Mauricio, excitado por la mirada ardiente de Zoe.

—Hace usted lo que todos los ingleses, continuó diciendo Irene desentendiéndose de la pregunta. En todas partes se meten ustedes en lo que no les concierne, y mientras tanto la India, ese país que ustedes han usurpado, la pisotean con tacón de hierro hombres como el capitán Wylie, á quien los mismos bandidos temen.

—Vaya, usted dice eso como si fuera un desdoro para Wylie, dijo Mauricio. Yo creía que, al contrario, eso era un penacho con que engalanar su casco. Parece que usted no comprende que, justamente porque somos ingleses, nos interesamos por todos los países que no están á nuestra misma altura.

Irene alzó la cabeza con enérgico movimiento.

—Cuando, principió y luego cambió la forma de comenzar. Si alguna vez llegó á gobernar, no permitiré que ningún inglés me dirija. No escucharé quejas. Si el pueblo me desobedece, lo aplastaré.

—Hará usted un desierto del país, y á eso lo llamará pacificar, dijo Zoe.

—¡Vaya un país á propósito para vivir en él que será el suyo!, dijo Mauricio. ¿Va usted á organizar matanzas periódicas, como el rey Twala? ¿O hará usted que la mitad de la población mate á la otra mitad, procurando luego que los sobrevivientes se exterminen entre sí hasta que no quede ninguno, como los gatos del cuento? ¿O será tan sólo la generación presente la que debe desaparecer, dejando á los niños para que se les eduque del modo debido? Buena se armará cuando hayan crecido. No habrá uno que no tenga que pedirle cuenta de la sangre de los suyos derramada.

—Empleé mal la palabra, dijo Irene encendido el semblante. Quise decir que lo haría doblegarse. No prestaré oídos á ninguno que se alce en rebelión; pero cuando ésta quede vencida, veré por mí misma si hay agravios que deshacer.

—En tal caso, ¿dejaría usted que su pueblo se quejase pacíficamente?

—De ningún modo; eso sería rebelarse. Pero yo lo examinaría todo en persona. Ni un solo campesino sería perseguido por no pagar la contribución sin que el expediente viniera á mis manos para revisarlo, y lo mismo haría en todos los demás ramos de la administración del Estado.

—No me parece que los jueces disfrutaran mucho tiempo de sus cargos, dijo Mauricio.

—Además, dijo Zoe, ese es justamente el sistema que tan malos resultados les da á los rumfes, Irene. El Gran Señor se empeña en hacerlo todo por sí mismo, y como es consiguiente, no puede llevarlo á cabo sino hasta cierto punto; esa es la causa de que los asuntos se atrasen en ese imperio.

—A pesar de eso, dijo muy seria Irene, no me he de fiar de nadie; así me lo ha enseñado la experiencia del mundo. El ojo del gobernante debe verlo todo; su mano ha de alcanzar á todas partes.

—Gobierno maternal ó de hermana mayor, murmuró Mauricio. Pues bien, Irene, haga usted su gusto y adelante. Zoe y yo iremos á predicar la revolución á ese pueblo. ¿Qué nos haría usted?

—Les mandaría traer á mi palacio, donde serían tratados como mis amigos más queridos y más festejados huéspedes, respondió Irene con una prontitud que parecía indicar que ya antes había pensado en ello; pero no saldrían ustedes de él sino para ser conducidos hasta la frontera.

—¿Y si volviéramos?

—Entonces me convencería de que ustedes desearían permanecer á mi lado y les señalaría habitación fija en palacio, para estar al tanto de si ustedes hacían daño.

—Bien: ya veremos qué es lo que hemos de hacer cuando nos percatemos de que no nos es posible vivir sin usted, dijo alegremente Zoe.

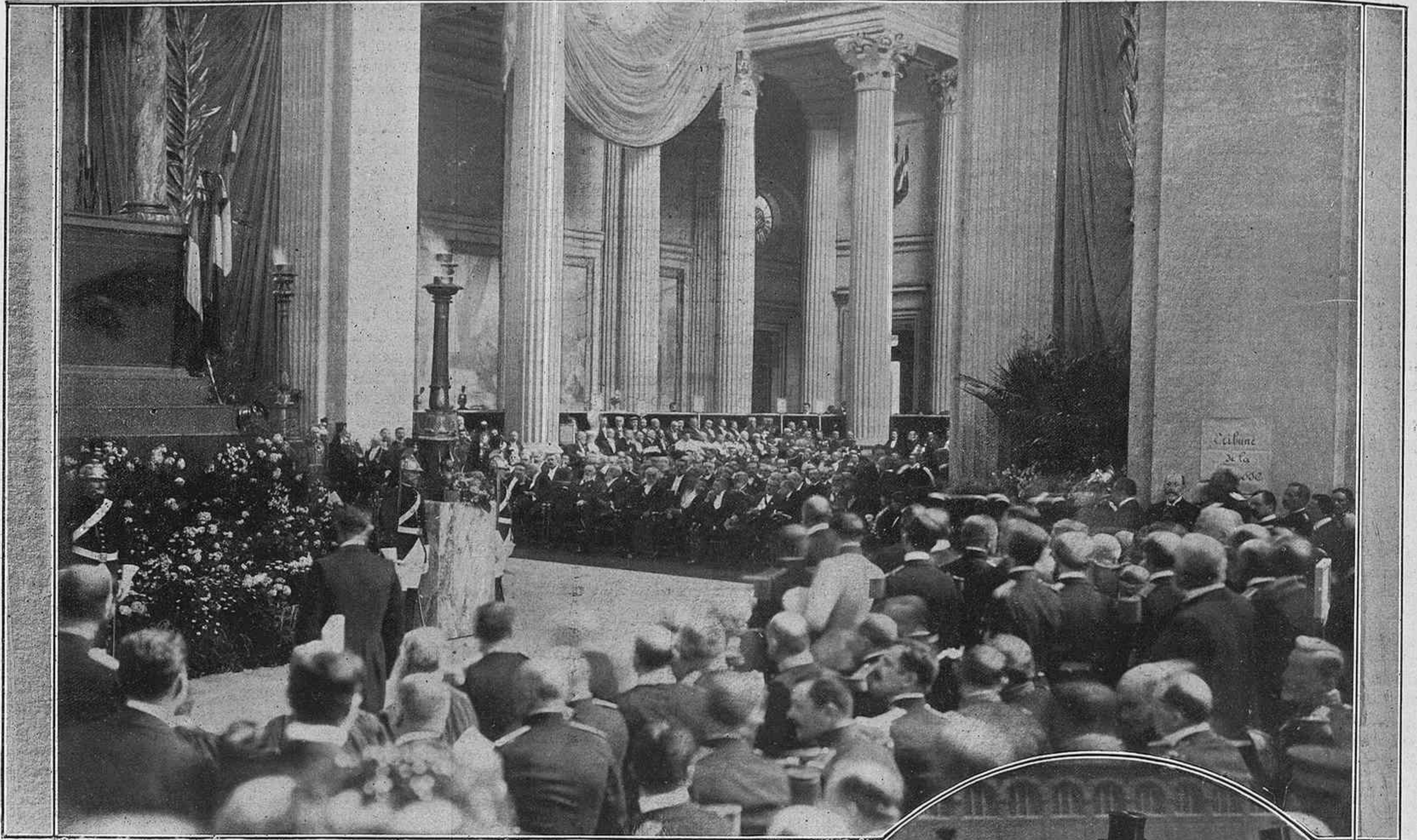
Una idea rara, que casi le pareció cosa cierta, la ocurrió, y le hizo una pregunta que tenía relación con ella:

—¿Pero no habrá en ese reino algún rey ó príncipe con quien haya usted de contar? ¿O es que usted espera que su marido la deje hacer lo que quiera con los dominios que son de él?

—No habrá marido, dijo Irene con altivez. Los dominios serán míos, míos únicamente. Ustedes están tratando de saber quién soy.

(Se continuará.)

PARÍS.—ZOLA EN EL PANTEÓN.—AGRESIÓN A M. DREYFUS



Honras fúnebres nacionales de Zola en el Panteón. Vista interior durante la ceremonia. (De fotografía de Royer.)

En la noche del 3 de los corrientes fué desenterrado de la tumba del cementerio de Montmartre el ataúd que contiene los restos de M. Emilio Zola, que por disposición del Gobierno francés ocupa ya en el Panteón, de la capital de Francia, una tumba vecina á la de Víctor Hugo. Asistió á la traslación del cadáver el París radical y socialista, el París formado por el mundo oficial. En el barrio Latino, que es donde se levanta el famoso monumento en donde reposan los restos de muchos hombres célebres de Francia, reinaba agitación extraordinaria desde las primeras horas de la mañana del día 4, en que debía efectuarse la ceremonia. Una enorme muchedumbre, haciéndose eco de lo que en pro y en contra de dicha traslación había dicho la prensa, no cesaba de manifestarse en opuesto sentido. A las nueve y media de la mañana llegaron M. Fallières y M. Clemenceau, quienes, mientras las notas de la Marsellesa llenaban el espacio, oyeron partir del gentío que se aglomeraba en las calles algunos silbidos que fueron inmediatamente sofocados por nutridos vivas al presidente de la República. La comitiva oficial entró en el Panteón, que estaba engalanado con colgaduras y flores. La ceremonia se redujo á un discurso del ministro de Instrucción pública, M. Doumengué, en que éste puso de relieve las cualidades del literato y las energías del ciudadano. Terminada la ceremonia, y en el momento en que el Presidente de la República salía del Panteón para presenciar el desfile de las tropas que habían tributado honores á los restos de Zola, un redactor de *Le Gaulois*, M. Luis Gregori, disparó dos tiros de revólver contra el comandante Dreyfus, que, por fortuna, no resultó herido de gravedad á causa de no haber hecho blanco el segundo de los proyectiles y de no haber el primero interesado hueso alguno á pesar de haber penetrado con bastante profundidad en el antebrazo. Detenido el agresor en el acto, se declaró militarista, y dijo que había querido vengar la

injurias que se había inferido al ejército haciéndole asistir á la glorificación del autor de *La débâcle*, que tanto le ofendió. «En cuanto á Dreyfus, añadió, no he intentado matarle. Al disparar lo hice sólo con el propósito de protestar.»

Nadie ignora que la personalidad de M. Emilio Zola adquirió extraordinario relieve en la última época de su vida, en días de luchas implacables, en los días de la gran tragedia de Dreyfus: de aquí que el centelleante



Detención del redactor de «Le Gaulois» M. Luis Gregori, autor del atentado contra M. Dreyfus. (De fotografía de M. Branger.)



Tumba de Emilio Zola en el cementerio de Montmartre (De fotografía de M. Branger.)

en la hora postrera de su glorificación. El ilustre académico Barrés ha acusado al escritor famoso de haber calumniado al labriego en su libro *La terre*; al burgués, en *Pot-Bouille*; al minero, en *Germinal*; al empleado, en *Bonheur des dames*; al obrero, en *L'asommoir*; á la mujer, en *Fecundité*, y al ejército, en *La débâcle*; al lado de Barrés se ha levantado el duque de Montebello para pedir que se saquen del Panteón los restos de su glorioso antepasado el general Lannes, á fin de evitar que permanezcan al lado de los de Emilio Zola, y no ha faltado quien haya desenterrado las opiniones afrentosas que desde hace veinte años han lanzado sobre el hombre y su obra M. Jaurés, Gustavo Flaubert, L. Tailhade, Anatolio France, Maeterlinck, Sienkiewicz, Julio Claretie, Lombroso, Max Nordan y otros que, como los anteriores, no pueden ser tachados de parcialidad.—R.



París.—Fiesta de las Flores: Madama Chiquita en su pequeño landó eléctrico, transformado en magnífico bosque de peonías, con grandes ramas de hortensias azules y haces de lirios. (Gran premio). (Fotografía de Royer.)

Los días 6 y 7 se celebró en el Bosque de Boloña, en París, la fiesta de las flores. El Paseo de las Acacias se vió concurridísimo, y el número de carruajes y automóviles adornados fué mayor que el del año último. Obtuvo el gran premio Mme. Chiquita, por el landó que en esta página reproducimos, y obtuvieron otras recompensas: Mme. de Abros, en un landó de peonías y margaritas, con las banderas francesa y brasileña hechas de claveles blancos y rojos y de azulejos; Mme. Germana Fabiani, en una victoria deliciosamente adornada de azulejos, de claveles y de rosas encarnadas; M. Grün, en un automóvil sobre el cual iba un perro de lanas hecho de claveles, fumando ilusoriamente en una pipa de papel; Mme. Doyen, en un automóvil adornado de rosas y por remate una sombrilla de rosas Catleya de color malva incomparable; M. Boiellmann,

en un carruaje adornado de peonías y rosas; Mme. Perret, en un elegante túburi convertido en bosque de flores artificiales; Mme. Weil, en un carruaje adornado de peonías, rosas y follaje, con una paloma por remate; Mme. Lucia Jousset, en una victoria adornada, sencilla, pero admirablemente, de azulejos y margaritas; Mme. Lefebvre, en un automóvil maravillosamente decorado con grandes peonías, lirios y flores de lis; Madames Lise Fleuron y Maud Samson, arrastradas por un tronco adornado de azulejos, y Mme. Dumas, por un tronco oculto bajo peonías, hortensias azules y cintas oro. El segundo día el gran premio de honor fué otorgado á Mme. Penteado, por su carruaje transformado en enorme y oloroso ramo de diminutas rosas amarillas oro, y los otros premios, á Mmes. Beguin, Yvette Devillers y Mirette Denys.

En todas las farmacias del Globo.

JARABE DELABARRE

Facilita la salida de los dientes y previene todos los Accidentes de la Dentición.

Exíjanse el Nombre de Delabarre y el Sello de la "Union des Fabricants".

FUMOUZE - PARIS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Monumento á Juan Brahms, obra de Rodolfo Weyr, inaugurado en Viena el 7 de mayo

El día 7 del pasado mes de mayo, día en que hubiera cumplido 75 años el ilustre Brahms, descubrióse en Viena el monumento levantado á la memoria del maestro en el Parque de Ressel, cerca del Palacio de la Música, precisamente en el lugar por donde se veía diariamente al gran compositor (allá por los años de 1872 á 1897) atravesar en actitud pensativa, con paso rápido y con las manos cruzadas á la espalda. Brahms era hamburgués, pero creó sus mejores obras en Viena, la ciudad que tan vigoroso atractivo ejerce para los músicos, y Viena estaba en el deber de perpetuar por medio del arte la interesante figura del autor de las *Danzas húngaras*. El escultor Weyr ha cumplido honrosamente el encargo que le ha confiado la capital de Austria. Brahms, sentado y en la actitud que era en él habitual cuando

«soñaba,» recuerda aquellas noches de estío en que se le solía ver, arrellanado en una butaca, en la terraza de la hospitalaria casa de su amigo Miller de Aichholz, en Smunden, abstraído con sus pensamientos y con la vista fija en el lago azul que tanto amaba. La semejanza de la cabeza es grandísima; la figura es pesada, pero real, y no resulta fea. A los pies del maestro una mujer, en noble éxtasis, hierre las cuerdas de una lira. La figura de Brahms es de mármol blanco de Laas; la alegoría, de mármol de Carrara, ligeramente vetado; el zócalo es de piedra gris de Istria. Esta armónica variación de colores aumenta sensiblemente el efecto artístico del monumento, que honra al artista.

Paris
Data de 1849

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y tenso
Casa CANDES
B^a St-Denis, 16

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD
APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito. BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, París.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Todas las parisienses
elegantes emplean la
Crema de Siva

que conserva á la piel
su frescura y su ater-
ciopelamiento, que
evita las arrugas y
las manchas de rojez,
y que protege al cutis
contra las influencias
atmosféricas.

ADURDOL
COMPANIA DE LOS PERFUMES ORIENTALES
57, rue St. Lazare, PARIS
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERIAS
Depositarío en España
PÉREZ, MARTIN, VELASCO Y C.^{ia}— MADRID

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Píldoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. Un frasco se remite por correo,
enviando 7'50 pesetas en libranzas ó sellos á
Cebrian y C.^{ia}, Puertaerrisa, 18, Barcelona. De
venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2.
En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**AVISO Á
LAS SENORAS**

**EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ia} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS

**VINO
AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

ROB
BOUYEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN